

# Repercusiones culturales del darwinismo hoy

Melchor Sánchez de Toca  
Subsecretario del Pontificio Consejo de la Cultura

## El siglo de Darwin

En 1879, apenas 20 años después de la publicación de la obra de Charles Darwin *El Origen de las Especies*, la *Revista contemporánea* publicó un artículo titulado *La doctrina de la evolución de las modernas escuelas científicas*, uno de los primeros aparecidos en España acerca de las ideas de Darwin y Spencer. El autor, un joven catedrático de la Universidad de Madrid, perteneciente a la corriente católica moderada, reconocía a las teorías de Darwin una cierta legitimidad como explicación científica acerca del origen y desarrollo de las formas de vida en la Tierra, incluido el cuerpo humano, si bien a título de hipótesis remota y salvando siempre la espiritualidad del alma. Sin embargo, criticaba duramente lo que consideraba, con razón, una extralimitación de las teorías científicas al campo de la psicología y la moral «extremos sobre los cuales el distinguido naturalista ha dicho y escrito con toda naturalidad muchas indiscretas necedades, aceptadas luego por sus discípulos como verdades dogmáticas»<sup>1</sup>. Como había visto justamente el autor, el problema que planteaba el darwinismo era que, superando los límites de una teoría científica, se convertía fácilmente en un sistema filosófico que consideraba a Dios como una hipótesis inútil: «La cuestión que aquí nos hemos de proponer en primer término es la siguiente: ¿la hipótesis de Darwin ha venido a destruir la necesidad de un Dios creador del

---

1 J. SÁNCHEZ DE TOCA (1852-1942), «La doctrina de la evolución de las modernas escuelas científicas», in *Revista contemporánea*, 21 (1879) 55-91 y 273-303. 61-62.

hombre, como se esfuerzan en demostrarlo no pocos de los que se dicen de su escuela?»<sup>2</sup>. El artículo se convierte entonces en una feroz diatriba, que no ahorra la ironía, sutil a veces, brutal otras, criticando la visión simplista y reduccionista del darwinismo aplicado a la comprensión del fenómeno social como supervivencia de los más fuertes.

Hacia el final de su largo estudio, el autor, haciendo mofa del fervor de los defensores del darwinismo, no duda en afirmar que el siglo XIX pasaría a la historia como el siglo de Darwin. «La posteridad agradecida lo ha de llamar con justicia el siglo de Darwin. Esto se entiende que no lo decimos nosotros, lo dicen los amigos de Darwin que, nada menos que en publicaciones que aspiran a pasar por tan sesudas y graves como la *Revista de Ambos Mundos*, se atreven a proclamar a su ídolo, no sólo como un genio de primer orden únicamente comparable con Newton o Galileo, sino a llamarlo también el Mesías de las ciencias naturales»<sup>3</sup>.

El artículo citado no representa una aportación novedosa al debate científico sobre el darwinismo. En cambio, muestra de manera ejemplar cómo en fecha tan temprana y tan cercana a la publicación de las obras de Darwin aparecen ya claramente dos aspectos importantes en la difusión de las ideas evolucionistas: en primer lugar, su trasposición a otras disciplinas hasta convertirse en paradigma omniabarcante y, en segundo lugar, la asociación de Darwin y Galileo como iconos culturales.

No abordaré aquí, por tanto, la problemática estrictamente científica relacionada con las teorías de la evolución, ni tampoco, al menos directamente, las cuestiones teológicas que estas plantean. Doy por descontada, como dato pacífico para un católico, la compatibilidad de las teorías de la evolución con el dato revelado, tal y como lo han expuesto recientemente Juan Pablo II y Benedicto XVI en sendos mensajes a la Pontificia Academia de las Ciencias<sup>4</sup>.

---

2 Ibíd. A este propósito, el mismo Darwin mantuvo una postura fluctuante. En *El origen de las especies* afirma no ver incompatibilidad alguna entre su teoría y la idea de un Dios creador: «I see no good reason why the views in this volume should shock the religious feelings of any one. [...] It is just as noble a conception of the Deity to relieve that He created a few original forms capable of self-development into other and needful forms, as to relieve that He required a fresh act of creation to supply the voids caused by the action of His laws», C. DARWIN, *The Origin of Species*, in Darwin, *Great Books of the Western World* 49, Encyclopaedia Britannica, Chicago et al, 1984, 239. En cambio, en *La descendencia del hombre* la existencia de un Dios creador personal queda en la penumbra.

3 J. SÁNCHEZ DE TOCA (1852-1942), *La doctrina de la evolución de las modernas escuelas científicas*, 284-85.

4 JUAN PABLO II, Mensaje a la Pontificia Academia de las Ciencias, 22 octubre 1996; BENEDICTO XVI, Mensaje a la Academia de las Ciencias, 31 octubre 2008.

## Iconos populares

### Darwin y Galileo en la cultura popular

Darwin y Galileo aparecen hermanados en la mentalidad popular como abanderados de la libertad de la ciencia, incomprendidos e injustamente perseguidos por el oscurantismo de la religión. Esta asociación de Darwin y Galileo en la cultura popular quizá mereciera un estudio más amplio, que aquí no podemos sino apuntar. Los resultados demostrarían probablemente cuán arraigada se halla en la imaginación colectiva esta asociación. Me limitaré a mostrarla con algunos ejemplos.

Hace apenas una año, con motivo de la presentación en conferencia de prensa de las iniciativas promovidas por la Santa Sede para el Año de la Astronomía, Mons. Ravasi, presidente del Pontificio Consejo de la Cultura, se refirió al nuevo clima de entendimiento que permite afrontar serenamente la figura de Galileo, una vez superadas las incomprendiciones del pasado. A la mañana siguiente, haciéndose eco de estas declaraciones, el periodista David Torres publicó un artículo en el diario *El Mundo* titulado *El Vaticano descubre América*. En él, comentando sarcásticamente el retraso de 400 años con que la Iglesia católica finalmente había reconocido sus equivocaciones en el caso Galileo, añadía: «Habrá que esperar el cuarto centenario del viaje del Beagle (hacia el 2231) a ver si algún iluminado con alzacuellos confiesa que sí, que Darwin tenía razón. Una cosa es hablar del cielo y las estrellas y otra sugerir que el auténtico jardín del Edén era una charca con unas bacterias y Adán y Eva un par de chimpancés»<sup>5</sup>.

Dejando aparte el ensañamiento anticlerical y los evidentes errores históricos que contiene —ni Belarmino inició el proceso contra Galileo, como se afirma, ni Darwin fue condenado por la Iglesia— el artículo resulta interesante porque refleja, de forma casi inconsciente, pero muy nítidamente la asociación entre Galileo y Darwin en la imaginación popular. La idea subyacente es que así como Galileo fue condenado injustamente, según la versión habitual, y posteriormente la Iglesia tuvo que reconocer su error, del mismo modo las ideas revolucionarias de Darwin, que ahora son rechazadas por el fundamentalismo religioso, acabarán imponiéndose finalmente a la opinión pública definitivamente en todos los ámbitos y los mismos eclesiásticos que hoy las condenan se verán obligados a reconocer su error.

El hecho es que entre ambas figuras existen paralelos evidentes. Ambos son autores de una nueva propuesta interpretativa de hechos obtenidos

---

5 D. TORRES, «El Vaticano descubre América», *El Mundo*, viernes 20 de enero de 2009.

experimentalmente que ha revolucionado el modo de pensar. En sentido estricto, no son autores tanto de descubrimientos nuevos, sino de intuiciones geniales que la ciencia experimental ha ido después confirmando. No es por ello casual que el año 2009 haya visto celebrar, a la vez, el IV centenario de los primeros descubrimientos astronómicos de Galileo y el CL aniversario de la publicación de *El origen de las especies*.

### La metáfora de las revoluciones científicas

Si de la cultura popular pasamos a la historia de las ideas, podemos hallar otro indicio de esta asociación en la teoría de las revoluciones sucesivas, expuesta brillantemente —y con notable fortuna— por Sigmund Freud. Freud veía el copernicanismo y la teoría de la evolución como etapas sucesivas de un mismo camino, en el que el psiquiatra vienés incluía descaradamente su propia obra. En un pasaje famoso de la *Introducción al psicoanálisis*, al hablar del inconsciente, que él presenta como un descubrimiento revolucionario, expone así la historia del progreso de las ideas:

En el curso de los siglos, la Humanidad —escribía Freud— ha sufrido por parte de la ciencia dos grandes afrentas a su ingenuo amor propio. La primera fue cuando se dio cuenta de que nuestra tierra no era el centro del universo, sino únicamente una minúscula partícula en un sistema de dimensiones inimaginables; en nuestras mentes, esto va asociado al nombre de Copérnico... La segunda fue cuando la investigación biológica despojó al hombre del privilegio de haber sido especialmente creado, relegándolo a simple descendiente del mundo animal... Esta devaluación ha sido llevada a cabo en nuestro propio tiempo por instigación de Charles Darwin, Wallace y sus predecesores, no sin violenta oposición de sus contemporáneos. Pero el ansia de grandeza del hombre está sufriendo ahora su tercera y más cruda explosión por parte de la investigación psicológica contemporánea que se apresta a demostrar que nuestro ego no es ni siquiera dueño de su propia casa, sino que tiene que contentarse con las migajas de información de lo que acontece inconscientemente en su propia mente<sup>6</sup>.

---

6 Tomo la cita de la edición inglesa: S. FREUD, *A General Introduction to Psycho-Analysis: «Eighteenth Lecture: Fixation upon Traumas: The Unconscious»*, in *Freud, Great Books of the Western World*, vol 54, Encyclopaedia Britannica, Chicago 1984, p. 562. Traducción del autor.

Freud tenía todo el interés del mundo en situar su propia obra en el surco de tan ilustres predecesores para explicar el rechazo que el psicoanálisis provocaba: lo mismo que Galileo y Darwin habían sido incomprendidos, también el padre del psicoanálisis tenía que sufrir ahora el rechazo a causa de su ataque a la dignidad del hombre.

### El destronamiento del hombre

La imagen de las revelaciones sucesivas hizo fortuna. En nuestro tiempo, su principal divulgador ha sido Stephen J. Gould, paleontólogo de fama mundial y autor de libros de superventas de divulgación científica, prematuramente fallecido en 2002. Gould, en varias de sus obras, comenta el texto de Freud y va incluso más allá al afirmar que Freud tenía razón cuando decía que la humanidad había sido repetida y definitivamente destronada, primero por Copérnico y Galileo, después por Darwin y finalmente por Freud mismo. Y no sólo eso: pecando también de inmodestia, Gould añadía su propia especialidad, la paleontología, que en los últimos ciento cincuenta años ha modificado dramáticamente nuestra percepción de la edad de la Tierra, introduciendo el concepto del «tiempo profundo», o *deep time*, y reduciendo la aparición del hombre a las últimas pulgadas de la milla de la vida del cosmos, o al último segundo del reloj de la vida, según las metáforas habituales.

La importancia cultural de esta visión de la historia es enorme. Gould no se limita a exponer una historia del pensamiento, sino que extrae las consecuencias filosóficas implícitas en ella. En efecto, dice él, nos hallamos ante una especie de ley que rige el progreso de la ciencia, pues por cada conquista científica hemos tenido que pagar un precio increíblemente alto: el progresivo destronamiento del hombre respecto al todo y la progresiva marginalización en un universo que nos ignora completamente. «La física y la astronomía relegaron nuestro mundo a un rincón del cosmos y la biología desplazó nuestro estatus de imagen divina al de un mono desnudo y erecto. [...] Si la humanidad apareció únicamente ayer como un retoño de una rama de un árbol frondoso, entonces la vida no puede existir, en ningún sentido, para nosotros o por nosotros. Quizá seamos simplemente un pensamiento secundario, un accidente cósmico, un colgajo en el árbol de navidad de la evolución»<sup>7</sup>. De este modo, la intuición de Freud se lleva hasta sus últimas consecuencias: aceptar que, en realidad, somos un mero accidente en la evolución, una especie insignificante, aparecida de modo

---

7 STEPHEN J. GOULD, *Wonderful Life, The Burgess Shale and the Nature of History*, Vintage Books, London 2000 (1991), 44.

casual en el último momento de la vida. Con otras palabras: aceptar la radical contingencia de la evolución y de la aparición del hombre. Que existimos por pura casualidad.

## La insignificancia cósmica del hombre

### «The Tape of Life»

Para explicar esto, Gould recurre a su imagen preferida: la de la cinta de la vida. Inspirándose en la conocida película de Frank Capra «Qué bello es vivir» (*A Wonderful Life*), propone a sus lectores un interesante *Gedankenexperiment*, un experimento mental. Imaginemos, dice, que la vida en la Tierra fuera como una cinta de vídeo y que pudiéramos rebobinarla retrocediendo a un momento cualquiera de la historia para recomenzar de nuevo, cancelando lo que ya existe. ¿Qué sucedería si apretáramos de nuevo la tecla «rec+play»? Según Gould, si al volver a recorrer la historia, la cinta llega a un resultado parecido al actual, tendríamos que concluir que lo que sucedió en realidad tenía que suceder. Pero, añade, supongamos que cada repetición del experimento ofrece resultados completamente diferentes respecto a la vida actual. Concluiríamos que nada en la evolución es predecible. Gould rechaza por ello la visión simplista de la evolución que se expresa con la imagen del cono y la escalera. El cono representa la progresiva diversificación de las especies, mientras que la escalera ilustra el proceso de complejidad creciente. En realidad, dice él, nada hay que lleve a priori un aumento de la complejidad en la evolución de la vida. De hecho, se ha producido, pero podría perfectamente no haber sido así<sup>8</sup>. Cada vez que intentemos reproducir el vídeo de la vida, esta seguirá un desarrollo completamente diferente. Ello no significa, añade él, que la evolución carezca completamente de sentido o que no siga un modelo o *pattern*. Los diversos rumbos alternativos que podría tomar la vida en cada repetición del experimento de la cinta se podrían interpretar igualmente bien, sólo que a posteriori. La diversidad de itinerarios posibles demuestra que los resultados no se pueden predecir a priori. «Cada paso procede a través de estadios completamente improbables. Si alteramos uno cualquiera de los acontecimientos, aun cuando sea sólo de manera imperceptible y sin importancia en el tiempo, la evolución seguirá un curso completamente diferente»<sup>9</sup>.

8 STEPHEN J. GOULD, *Wonderful Life*, The Burgess Shale and the Nature of History, Vintage Books, London 2000 (1991), 48.

9 STEPHEN J. GOULD, *Wonderful Life*, 51.

En otras palabras: contra quienes sostenían que la evolución está regida por una especie de determinismo, según el cual se habría de llegar antes o después a la aparición de vida inteligente. Gould sostiene la radical impredecibilidad de la evolución. La caída de un asteroide o la erupción de un volcán pueden provocar cambios radicales en el equilibrio de la vida, favoreciendo la desaparición de unas especies y el desarrollo de otras. Ninguno de estos eventos son predecibles a priori y tanto menos sus resultados. De ahí concluye Gould que la palabra clave que rige la evolución de la vida es la contingencia, la misma ley que rige la historia.

### Azar y necesidad

En realidad, ya antes de Gould, el biólogo y ensayista Jacques Monod había sostenido las mismas ideas en un libro que ha marcado una época: *El azar y la necesidad*. Contra quienes sostenían que la evolución es un proceso gobernado por leyes necesarias y, por tanto, predecible, Monod sostenía la importancia del azar. En particular, él lo aplica a dos cosas que podían pero no debían existir necesariamente. La primera es la vida, cuya aparición sobre la tierra era extremadamente inverosímil, hasta el punto que se puede decir que su probabilidad matemática es prácticamente cero. Podemos, por ello, considerar que la vida se ha dado sólo una vez en la tierra. La segunda es el hombre: dado el alto grado de improbabilidad de su aparición, puede ser que este fenómeno sólo se haya verificado una vez. Monod lo explica, con otra metáfora afortunada, diciendo que «hemos sacado un billete de la suerte en la lotería de la vida». Y añade:

La ciencia moderna ignora toda predestinación. El destino se escribe en el momento en que se cumple, y no antes. El nuestro no lo estaba antes de la aparición de la especie humana. Otro acontecimiento único que debería, por ello, apartarnos de cualquier forma de antropocentrismo. Si la aparición de la especie humana ha sido verdaderamente única, como quizá lo fue la aparición de la vida misma, ello depende del hecho de que, antes de manifestarse, sus probabilidades eran prácticamente nulas. El universo no estaba destinado a engendrar la vida, ni la biosfera, ni el hombre. Nuestro número salió en la ruleta de la fortuna<sup>10</sup>.

---

10 Cito según la edición italiana: JACQUES MONOD, *Il caso e la necessità*, Mondadori, Milán 1971, p. 118. La cita se halla también en J. RATZINGER, *En el principio creó Dios: consecuencias de la Fe en la Creación*. Cuatro sermones de Cuaresma sobre la Creación y el pecado, Valencia, EDICEP, 2001.

Y como para reafirmar aún más el carácter fortuito de nuestra existencia, concluye: «Somos el producto de errores totalmente casuales»<sup>11</sup>.

La consecuencia, en ambos casos, es clara. El hombre es producto del puro azar. Nuestra especie existe, pero podría perfectamente no existir. Somos el resultado de una extracción completamente fortuita del bombo de la lotería de la vida. En estas circunstancias, sería demasiado afirmar que era un número afortunado. Simplemente salió.

Esta visión del proceso evolutivo guiada por el azar, sin destino aparente, sometida al capricho de eventos imprevisibles e incontrolables, es la que se difunde a través de los medios de comunicación, de las simplificaciones empleadas en manuales escolares y, es por ello, la que plantea mayores desafíos al creyente, pues parece oponerse radicalmente a la idea de un Dios Providente que guía el universo hacia la aparición del hombre.

En realidad, se trata de una extrapolación evidente de datos científicos. Habría que comenzar recordando que el azar no es una fuerza que guía la evolución; azar no significa ausencia de causa, sino únicamente la imposibilidad de predecir sus efectos. El azar, decía Victor Hugo, es la sopa que cocinan los listos para que se la coman los bobos. Pero, además, habría que añadir que la existencia de un proceso evolutivo contingente representaría una dificultad teológica insuperable, como espero mostrar más adelante.

Que la aparición de la vida sobre el planeta Tierra y, más aún, la de la especie humana sean acontecimientos altamente improbables es algo en lo que muchos científicos se hallan de acuerdo, así como lo es que el desarrollo de la vida ha estado sujeto a eventos completamente impredecibles. Deducir de ahí la insignificancia o irrelevancia cósmica del hombre es una afirmación que excede al campo científico.

En primer lugar, porque en el mundo científico mismo existen teorías alternativas que subrayan la existencia de convergencias poderosas en los procesos evolutivos que serían responsables de que ciertos fenómenos u órganos hayan aparecido en momentos, lugares y especies completamente independientes unos de otros. Es lo que sostiene el profesor Simon Conway-Morris, a partir de su trabajo en los esquistos de Shale, el Burgess Shale, en Canadá, que sirvió de inspiración al libro de Gould<sup>12</sup>. Un ejemplo ilustrador de cómo los mismos datos pueden llevar a conclusiones sobre el plano filosófico completamente opuestas.

---

11 *Ibid.* 99.

12 S. CONWAY-MORRIS, *Life's Solution. Inevitable Humans in a Lonely Universe*, Cambridge U.P., Cambridge 2003.

Autores como Gould o Monod ofrecen un ejemplo claro de cómo el dato científico es interpretado por los mismos científicos en un contexto diferente, que ya no es el de la ciencia, sino una especie de filosofía natural o metafísica inspirada por la ciencia. Monod, al menos, tuvo la suficiente honradez intelectual como para reconocer que su libro no era una obra científica, sino de ensayo. Pero no todos los científicos, sin embargo, observan la misma escrupulosidad y nos venden como ciencia lo que son en realidad reflexiones de segundo grado acerca de resultados científicos. Son lo que el Prof. Mariano Artigas llamaba «oráculos de la ciencia», que pretenden de sus lectores una aceptación de sus teorías mediante un acto de fe en la autoridad que estos escritores poseen en su respectivo campo científico<sup>13</sup>. Porque una cosa es afirmar la impredecibilidad de la naturaleza y otra muy distinta es sostener la ausencia de dirección o guía de todo el proceso evolutivo. Esta segunda no es una afirmación científicamente demostrable, sino una observación de otro orden, del orden de las opiniones, a la que se puede oponer la opinión contraria.

En cualquier caso, lo que Monod y Gould ponen de manifiesto es la radical impredecibilidad del proceso evolutivo, la ausencia total de plan o proyecto y, por tanto, de guía. Es lo que los antiguos denominaban la contingencia: un proceso no necesario que admite también una lectura cristiana.

### Lectura cristiana de la contingencia

El documento de la Comisión Teológica Internacional, *Comunión y servicio*, sobre la dignidad del hombre observa que los datos empíricos actualmente disponibles pueden hacer propender a favor del diseño o del azar en los procesos evolutivos, como hemos visto antes. Sin embargo, aun sosteniendo un universo sin diseño aparente en el orden natural, hay que recordar que la verdadera contingencia en el orden creado no es incompatible con una providencia divina intencional<sup>14</sup>. Ya santo Tomás se había planteado un problema similar a propósito de la contingencia y observaba que:

Es efecto de la Providencia divina, no sólo que suceda una cosa cualquiera, sino que suceda de modo necesario o contingente y, por tanto, sucede infalible y necesariamente lo que la divina

---

13 Cf. K. GIBERSON-M. ARTIGAS, *Oracles of Science*, O.U.P., Oxford 2007. Sobre este punto, véase también, J. HAUGHT, *Dio e il nuovo ateismo*, Queriniana, Brescia 2009.

14 COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *Comunión y servicio: la persona humana creada a imagen de Dios*, BAC-Documentos, Madrid 2009, pp. 13-61. p. 48.

providencia dispone que suceda de modo infalible y necesario y, contingentemente lo que en la razón de la providencia está que haya de suceder de modo contingente<sup>15</sup>.

El mismo documento recuerda a este respecto que la causalidad divina actúa tanto en un proceso contingente como en uno guiado. Un mecanismo evolutivo contingente puede serlo sólo porque así lo ha hecho Dios. Y precisa aún más con santo Tomás que no cabe, por tanto, que un proceso evolutivo contingente, es decir, casual y aparentemente sin proyecto o finalidad, escape a los límites de la Providencia, porque «la causalidad de Dios, que es el agente primo, se extiende a todos los seres, no sólo en cuanto a los principios de la especie, sino en cuanto a los principios individuales [...]. Es necesario que todas las cosas estén sujetas a la Divina Providencia, en la medida de su participación al ser»<sup>16</sup>.

El problema de fondo es la dificultad de concebir una causalidad, la de Dios, que trasciende las causas segundas, sin entrar en competencia con ellas. Dios es causa del ser y causa de la causa<sup>17</sup>. La acción de Dios no sustituye la de las causas segundas, antes hace que estas actúen precisamente según su naturaleza y alcancen la finalidad prevista por Él. Lo que para muchos resulta difícil de entender es que Dios no es un competidor del hombre ni de la naturaleza, como si el hecho de que Dios intervenga excluya la acción del hombre o de las causas segundas, y viceversa. Dios no necesita retirarse del mundo para que este siga actuando según su naturaleza. Lo mismo que cuando el pianista toca el piano, podemos explicar la música atribuyéndolo a la percusión de las cuerdas provocada por las teclas o a la acción del pianista. Son planos de causalidad que se superponen<sup>18</sup>.

### Distinciones necesarias

Demos un paso hacia atrás. Gran parte de la confusión que existe en el debate en torno a la evolución se debe a la impropiedad con que se usan los términos. Recordemos ante todo que una cosa es la evolución y otra el evolucionismo y que, una cosa es la creación y otra bien distinta el creacio-

15 STO. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theol.* I, 22, 4 ad 1. Traducción de la edición española BAC, Madrid 1957. La cita aparece en *Comunión y servicio*.

16 STO. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theol.* I, 22, 2.

17 COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, «Comunión y Servicio», 49.

18 Sobre la cuestión, véase el artículo de W. CARROLL, «Divine Agency, Contemporary Physics and the Autonomy of Nature», *The Heythrop Journal*, 49 (2008) 582-602. 588.

nismo. La evolución es, en primer lugar, una propiedad de los seres vivos en virtud de la cual el patrimonio genético cambia y se adapta a nuevas condiciones. Es, además, una teoría científica que explica los mecanismos por los que han ido surgiendo las distintas especies. Se trata de una teoría científica, suficientemente avalada por hechos y pruebas y, en principio, en cuanto teoría científica, no incompatible con la fe. La creación, en cambio, es una doctrina religiosa que se refiere al acto creador de Dios en sentido estricto, la *creatio ex nihilo*. Es una doctrina teológica y metafísica acerca de la cual la ciencia no tiene nada que decir, pues, por esencia, la ciencia se refiere al ámbito espacio-temporal, mientras que el acto de la creación, por definición, está fuera del tiempo. Las teorías acerca de la evolución explican cómo se ha producido la vida y cómo se han ido diversificando las especies. Pero no responde a la pregunta por qué hay vida, por qué existe el hombre. La pregunta por el porqué es eminentemente filosófica, y a ella responde la doctrina acerca de la creación, mientras que la pregunta por el cómo es propia de la ciencia. Pero para el hombre, la gran pregunta no es cómo han sucedido las cosas, sino qué sentido tiene el todo, hacia adónde vamos, por qué existe el todo<sup>19</sup>.

El problema de la creación –el origen– no es exactamente el problema del comienzo y confundir ambas cosas es causa de innumerables errores. El comienzo se refiere al tiempo, y de ello se ocupa la cosmología. Crear, en cambio, es causar el ser a partir de la nada. Con Tomás de Aquino podemos decir: *creatio non est mutatio*. Las ciencias naturales tienen como objeto propio el mundo de las cosas cambiantes. Dondequiera que hay cambio tiene que haber algo que cambia. La creación no es un cambio, es la causa radical de la existencia de todo lo que existe<sup>20</sup>. Por ello, la creación no se puede identificar con una oscilación en un vacío cuántico, porque el vacío no es la nada. El vacío «es», mientras que la nada «no es».

Cuando la evolución se convierte en un paradigma explicativo de toda la realidad, deviene evolucionismo. Del mismo modo, cuando a partir de la Biblia se intenta obtener una descripción científica de los comienzos de la Tierra, tenemos el creacionismo. El evolucionismo y su posición especular, el creacionismo, son, en definitiva, dos ideologías, dos cosmovisiones. Es lógico que entren en conflicto, aun cuando este conflicto sea «un

19 «La doctrina de la evolución no responde a todas las preguntas y no responde, sobre todo, a la gran pregunta filosófica: ¿de dónde viene todo? ¿cómo todo ha emprendido un camino que llega finalmente al hombre?», BENEDICTO XVI, Encuentro con el clero de Belluno-Feltre y Treviso, *Auronzo di Cadore*, 25-VII-2007, transcripción de la conversación, página web de la Santa Sede.

20 W. CARROLL, *La creación y las ciencias naturales. Actualidad de Santo Tomás de Aquino*, Universidad Católica de Chile, Santiago 2003, p. 46.

absurdo»<sup>21</sup>. Pero es importante recordar que el evolucionismo ya no es una teoría científica: es un marco interpretativo general de la realidad. Escribe a este propósito Joseph Ratzinger que, «una teoría evolucionista que explique de modo comprensivo el conjunto de lo real se ha convertido en una especie de “filosofía prima” que represente, por así decir, el auténtico fundamento de la comprensión racional del mundo»<sup>22</sup>. Por ello, cuando un buen biólogo evolucionista como Richard Dawkins escribe *El gen egoísta*, o *La ilusión de Dios*, libros que explican toda la realidad humana a partir de la evolución, lo hace no como científico, sino como ensayista o filósofo. Por lo mismo, el creacionismo no es un postulado teológico, sino una creencia pretendidamente fundada sobre la autoridad de la revelación: ni es ciencia, ni es teología, sino un híbrido.

## El dilema último: razón o irracionalidad

### El evolucionismo como paradigma total

Lo que está realmente en juego, el verdadero problema, no es la exactitud o menos de tal o cual teoría de la evolución. Todas tienen y tendrán sus lagunas, que el hombre, pacientemente, puede ir colmando con su investigación. Ni siquiera la aleatoriedad de los procesos evolutivos representa un problema teológicamente insoluble, a condición de que se tome únicamente como dato de hecho y no como interpretación filosófica de la naturaleza. Lo que está detrás del debate con el evolucionismo es una opción entre un naturalismo reduccionista y una visión más amplia de la realidad, que, a su vez, esconde una opción fundamental entre la razón, el *logos* y lo irracional. Joseph Ratzinger, uno de los autores que mejor ha sabido captar la puesta en juego de esta alternativa, escribe que el problema fundamental del hombre, *articulus cadentis vel stantis humanitatis*, es la opción entre la razón y la irracionalidad, o sea, saber si el mundo procede de la pura materia irracional, en cuyo caso la razón no es más que un mero subproducto, acaso dañino, de la evolución ciega de la materia, o si, en cambio, en el origen del mundo hay una razón y esta es entonces su guía y su meta<sup>23</sup>. Esta es la alternativa última, de la que es difícil escapar: es necesario optar, con todas sus consecuencias, por la razón o por la irracional-

21 BENEDICTO XVI, Encuentro con el clero de Belluno-Feltre y Treviso, *Auronzo di Cadore*, 25-VII-2007, transcripción de la conversación, página web de la Santa Sede.

22 J. RATZINGER, «Verità del Cristianesimo», *Fede, Verità, Tolleranza*, Cantagalli, Siena 2003, pp. 188-189.

23 J. RATZINGER, «Verità del Cristianesimo», a.c., 190.



lidad. Aceptar un mundo que se ha elaborado a sí mismo, que es un puro producto de la materia, lleva consecuentemente a postular que la razón es, en el fondo, totalmente irracional, un mero producto de la casualidad. El mundo y el hombre son así, pero podrían haber sido de otra manera. Ni las leyes de la lógica, ni la matemática tendrían más sentido que el de meras conveniencias. Lo cual, llevado hasta sus últimas consecuencias, comporta, en última instancia, la negación de la libertad: si el devenir del cosmos está regido únicamente por el azar y la necesidad, si no ha habido nunca nada más que estas, la libertad humana no es más que una quimera y un sueño. Puesto que la materia no podría haber producido la conciencia, en realidad, lo que llamamos decisiones libres serían sólo una ilusión: estaríamos tan determinados como lo está una computadora programada para realizar determinadas funciones. El gran escritor y apologeta inglés C. S. Lewis exponía lúcidamente la paradoja a que conduce inevitablemente el materialismo: «Si mis procesos mentales están completamente determinados por los movimientos de los átomos, entonces no tengo motivos para suponer que son ciertos. La verdad, en último término no existiría y, por lo tanto, tampoco tendría motivos para suponer que mi cerebro está compuesto de átomos, con lo que se produce una circularidad peligrosa»<sup>24</sup>. En definitiva, una racionalidad que intentara desembarazarse de esta opción originaria por la racionalidad significaría, forzosa y contrariamente a todas las apariencias, no una evolución, sino una involución de la racionalidad. Resumiendo esta alternativa, el Papa lo exponía así en un encuentro informal con el clero de Belluno, respondiendo a una pregunta formulada por uno de los presentes:

Pero el gran problema es que si Dios no está presente y tampoco es el Creador de nuestra vida, en realidad la vida es una simple pieza de la evolución y nada más; no tiene sentido por sí misma. Al contrario, debemos tratar de infundir sentido en esta parte del ser. [...] Nuestra razón ve más ampliamente. En el fondo no es algo irracional, un producto de la irracionalidad; hay una razón anterior a todo, la Razón creadora y, en realidad, nosotros somos un reflejo de la Razón creadora. Somos pensados y queridos; por tanto, hay una idea que nos precede, un sentido que nos precede y que debemos descubrir y seguir, y que, en definitiva, da significado a nuestra vida<sup>25</sup>.

---

24 C.S. LEWIS, *Miracles*, Harper&Collins, London 2002, p. 22.

25 BENEDICTO XVI, encuentro con el clero de Belluno, Auronzo di Cadore, 24 julio 2007, pág. web de la Santa Sede. Véase también lo que escribe J. RATZINGER en su artículo *Verità del cristianesimo*, art .cit, p. 190.: «Se trata de saber si la razón, o lo racional, se halla o no al principio de todas las cosas y en su fundamento. Se trata de saber si lo real ha nacido del

## El cristianismo como apuesta por la racionalidad

Frente a la opción por el materialismo, «el cristianismo debe recordar siempre que es la religión del *Logos*. Es fe en el *Creator Spiritus*, en el Espíritu Creador, del que procede todo lo real. Precisamente esta debería ser hoy su fuerza filosófica»<sup>26</sup>. En su lección magistral en la Universidad de Ratisbona, a cuyo claustro había pertenecido, Benedicto XVI comenta:

Modificando el primer versículo del libro del Génesis, el primer versículo de toda la Sagrada Escritura, san Juan comienza el prólogo de su Evangelio con las palabras: «En el principio ya existía el *Logos*» (...) De este modo, san Juan nos ha brindado la palabra conclusiva sobre el concepto bíblico de Dios, la palabra con la que todos los caminos de la fe bíblica, a menudo arduos y tortuosos, alcanzan su meta, encuentran su síntesis. En el principio existía el *logos*, y el *logos* es Dios, nos dice el evangelista<sup>27</sup>.

En efecto, «sólo la razón creadora, que en el Dios crucificado se ha manifestado como amor, puede verdaderamente mostrarnos el camino»<sup>28</sup>.

Con su opción a favor del primado de la razón, el cristianismo se presentó en el mundo antiguo como la *vera religio*. Por ello, no es casual que los primeros evangelizadores no entablaran diálogo con las religiones del mundo antiguo, sino con la filosofía. Cristo fue presentado no como el nuevo Apolo, sino como el *Logos* creador del mundo. El cristianismo sigue siendo hoy racionalidad. Esta opción por la razón se traduce necesariamente en un tipo de comportamiento, un *ethos*, que en este caso es el primado del amor. El primado del *logos* y el primado del amor van de la mano. El evolucionismo, por su parte, no en cuanto teoría científica, sino como *philosophia naturalis*, conlleva también su propio *ethos*, el *ethos* que propone, por ejemplo, el sociobiologismo o Richard Dawkins con su doctrina sobre el gen egoísta. Pero este *ethos* evolucionista, que tiene su noción

---

azar y de la necesidad y, por tanto, de lo que no es razón; si, en otros términos, la razón es un producto casual secundario de lo irracional, insignificante, a fin de cuentas, en el océano de lo irracional, o si sigue siendo verdad aquella convicción fundamental de la fe cristiana y de su filosofía: *In principio erat verbum*».

26 J. RATZINGER, «L'Europa nella crisi delle Culture», Subiaco, 1 abril 2005.

27 BENEDICTO XVI, *Discurso* en la Universidad de Ratisbona, 12 septiembre 2006. Página web oficial del Vaticano.

28 J. RATZINGER, «L'Europa nella crisi delle Culture», Subiaco, 1 abril 2005.

clave en el modelo de la selección y de la lucha por la supervivencia, de la victoria del más fuerte en la adaptación lograda, tiene poco consuelo que ofrecer, porque es un *ethos* cruel.

Estoy por ello firmemente convencido de que la batalla fundamental se da en este plano y se reduce a la opción entre la irracionalidad o la racionalidad. Optar por una o por otra implica consecuencias para la vida del hombre y para la posibilidad de construir una sociedad justa y humana. Más aún, devolver la confianza en la razón sigue siendo tarea actual del cristiano, una tarea que el Papa considera un «exorcismo»:

El mundo (...) viene de la Razón eterna y sólo esta razón creadora es el verdadero poder sobre el mundo y en el mundo. Sólo la fe en el Dios Uno libera y «racionaliza» verdaderamente el mundo (...) «Exorcizar», poner el mundo bajo la luz de la *ratio*, que brota de la eterna razón creadora y de su bondad salvífica y a ella remite: he aquí la tarea central y permanente del enviado de Jesucristo<sup>29</sup>.

Creo, con Benedicto XVI, que el cristianismo es la religión del futuro, porque ofrece motivos para seguir esperando. Porque es la religión de la razón y del amor. En realidad, ambas, verdad y caridad, remiten en última instancia a una persona, que es precisamente Jesucristo. San Pablo ofrece la clave en el capítulo cuarto de la carta a los Efesios cuando propone como programa «hacer la verdad en la caridad», como fórmula fundamental de la existencia cristiana. En Cristo coinciden la verdad y la caridad. En la medida en que nos acercamos a Cristo, también en nuestra vida, la verdad y la caridad se funden. «La caridad sin la verdad sería ciega; la verdad sin la caridad sería como “címbaro que retiñe” (1 Co 13, 1)»<sup>30</sup>.

La verdad misma, escribe aún el cardenal Ratzinger, se ha hecho tolerable al hombre porque se ha revestido de impotencia. Cuando se ha manifestado a los hombres no lo ha hecho en la teofanía del Sinaí, cuando el pueblo de Israel suplicó a Moisés que el Señor no les hablase para no morir, sino en la humildad de un recién nacido envuelto en pañales, en la desnudez de un ajusticiado, colgado infamemente de un madero. Aquel que ha dicho de sí mismo «Yo soy la verdad» no se ha identificado con el rico Epulón, sino con el pobre Lázaro. Sí, Cristo es la Verdad, pero una verdad frágil y expuesta, siempre comenzando. Es el grano de mostaza, el grano de trigo que cae y se pudre. Es la caña cascada y el pábilo vacilante,

---

29 J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús von Nazareth*, Herder, Freiburg 2007, p. 211. Traducción del autor.

30 J. RATZINGER, *Homilía* en la Misa Pro Eligendo Pontifice, 18 de abril 2005. Página web oficial del Vaticano.

siempre amenazado. «La humildad de Dios es la puerta de la verdad en el mundo, no hay otra. En la controversia acerca de la verdadera fe y el verdadero camino, la comunión en la cruz es el criterio último y decisivo»<sup>31</sup>.

Verdad y amor, que encuentran su unidad plena y perfecta en Cristo, se convierten en los dos principios orientadores de la cultura, el taller donde se forja, en el interior de la persona, la pasión por la verdad y el amor sin fronteras.

## Lecturas recomendadas

Sobre la transformación de la teoría científica de la evolución en una «*philosophia prima*»,

- J. RATZINGER, «El cristianismo. Religión verdadera», en *Fe, verdad y tolerancia. El cristianismo y las religiones del mundo*. Sígueme, Salamanca 2005. 237 págs.

Sobre el influjo social y cultural de teorías de origen científico,

- KARL GIBERSON- MARIANO ARTIGAS, *Oracles of Science. Celebrity Scientists versus God and Religion*, Oxford University Press, Oxford 2007.

Una predicación sencilla y accesible del arzobispo de Múnich en cuaresma

- J. RATZINGER, *En el principio creó Dios: consecuencias de la Fe en la Creación*. Cuatro sermones de Cuaresma sobre la Creación y el pecado, EDICEP, Valencia 2001.

Mariano Artigas († 2006) ha tratado de los problemas filosóficos de las teorías de la evolución. Ha escrito también con D. Turbón acerca del problema del origen del hombre.

- M. ARTIGAS, *Las fronteras del Evolucionismo*, EUNSA, Pamplona 2004.
- MARIANO ARTIGAS y DANIEL TURBÓN, *Origen del hombre. Ciencia, Filosofía y Religión*, EUNSA, Pamplona 2007.

El seminario de alumnos de Benedicto XVI dedicó la sesión de 2006 a la cuestión de la evolución. Las ponencias presentadas en el seminario están publicadas en italiano, alemán e inglés.

- S. HORN-S. WIDENHOFER, *Creazione ed evoluzione. Un convegno con Papa Benedetto XVI a Castelgandolfo*, EDB, Bologna 2007 (hay versión en inglés).

---

31 J. RATZINGER, *Cantate al Signore un canto nuovo*, Jaca Books, Milano 1996, 35.